MUJERES INDIAS DE LA CONQUISTA EN DON JOAN DE CASTELLANOS (I)

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

— XVIII —

Se ha escrito mucho sobre el choque de culturas que produjo la presencia del europeo en América.

España descubre un nuevo mundo y le imprime una mentalidad occidental. El indio, no siempre pasivo, marca una huella profunda en el mundo europeo: sus metales van a dar un nuevo rumbo a la economía mundial, la cocina de Europa se enriquece con la fauna y flora nuevas y el idioma mismo se acrecienta con vocablos americanos.

Tuvimos ocasión de tratar del papel de la mujer española en la Conquista. No menos importante fue el de la india en su múltiple condición de intérprete, espía, servidora, soldado y compañera del conquistador. Se nota en ella una atracción particular por el hispano (1), una fidelidad en su servicio que llega en ocasiones al heroísmo. Por su parte, el soldado no fue insensible a los encantos de las hijas de América. Testigos los más serios cronistas que se deleitaron en describirlas con los más vivos colores. De esa mutua atracción surgió el milagro del mestizaje.

Castellanos, tan admirador del bello sexo, no fue menos indulgente. No pierde ocasión de presentar a los lectores aquel tipo de belleza que le arranca los más inspirados versos de su extenso poema. De su pluma salen siempre favorecidas, ya las muestre como instrumento dócil del hispano y se llaman con sus nombres indígenas Anapuya, Orocomay y bautizadas con nombres españoles Catalina, Luisa y Magdalena, o como campeones de la resistencia y se llaman Anacaona o La Gaitana, pero siempre

Graves, ledas, airosas, lindas, bellas (I, 517),
Grandes aficionadas a cristianos,
Serenos ojos, blandos movimientos
Causadores de tiernos sentimientos (I, 514).

1) *Que de los españoles no se extrañan,*
Antes los miran con lascivos ojos (III, 609).

Las primeras que se presentan a los ojos maravillados del Descubridor son

*O las nereides, hijas de Nereo,
O driades que llaman, o nayades
De quien trataron las antigüedades. (I, 91).*

TODA SU PERDICION FUE POR AMORES...

El canto segundo de la Segunda Elegía es sin duda una de las mejores páginas de Castellanos y constituye un trozo de antología. Todavía fresca la imaginación del poeta, comenzaba la agobiadora tarea de verter al verso la prosa del relato y va a usar de todos los recursos de su fantasía para escribir una tragedia en miniatura.

Cuando el Almirante descubrió La Española, quiso que algunos hombres se quedaran allí mientras los otros proseguían el viaje: la gente era buena y el regreso pronto. Les advirtió sin embargo los peligros,

*Porque todos los males sucedidos
De guerras, de rencillas, de contiendas,
Nacen de ser los hombres ofendidos
En mujeres, en hijas y haciendas. (I, 106).*

A Martín Pinzón le pareció la idea descabellada y Colón indignado trató de ponerlo preso. En cambio, un capitán cordobés, Arana, se ofreció a quedarse si le daban cuarenta compañeros y las armas necesarias para defenderse, si era el caso. Se hicieron aposentos de paja y el Almirante dio la orden de partida.

Pinzón no andaba desacertado. Cuando regresaron encontraron una firme resistencia de los indios y a ninguno de los españoles, pues contra las instrucciones *toda su perdición fue por amores* (L, 138).

Un indio relató la historia. Una vez que salieron los restantes, acogieron a los españoles como a hombres inmortales y excelentes. Les suministraron todo lo que necesitaron, más que amistad les brindaron parentesco.

Había allí una señora principal a quien *Goaga Canari bien quería*, en ella tenía puestos todos sus pensamientos.

*Entre todas las cosas, la natura
Esta ninfa crió por mas lozana;
No sabré dibujaros su figura,
Por parecer divina mas que humana;
Mas quiero comparar su hermosura
Al claro resplandor de la mañana;
Pues aunque la cubría mortal velo
No parecía cosa deste suelo.*

*Las gracias de las otras eran muertas
Delante dones tan esclarecidos;
Suspensos se quedaban por las puertas
Pasando, sus cabellos esparcidos;
Y aquellas proporciones descubiertas,
Cadenas de potencias y sentidos;
Ablandaban también sus condiciones
Los más endurecidos corazones. (I, 139).*

Diana la llamaron los españoles y nada indiferente a las alabanzas que le prodigaban, comenzaron a enamorarla. Principalmente uno la asediaba

*Y a ella nada mal le parecía
Aqueste su fiel enamorado. (I, 140).*

Pronto la admiración se tornó en intimididad. Un día la india le hizo saber que se bañaría en cierta fuente en compañía de dos damas. Mas por uno de aquellos misterios de la veleidat femenina, le avisó que deseaba verlo pero que era mejor que no fuera. El enamorado galán no quiso perder aquella ocasión. Diana al verlo se mostró enfurecida, el mozo perdió el sentido y

*Cayó con el dolor amortecido
Encima del escudo y del espada. (I, 141).*

La mujer acudió en su ayuda y

*Decía contemplando su figura:
Hermano mío, dime, si me quieres,
Por qué quieres sin mí la sepultura,
Sabiendo que no vivo si tú mueres,
Y quedaré sin tí mas sin ventura
Que cuantas han nacido de mujeres?
Recobra ya, señor, tu bello brío,
Pues ya junto tu rostro con el mío.
Haces eclipsi, hijo de Latona?
No oyes, alma mía, lo que te digo?
Oh ninfas de Haities y Saona!
A cada cual de vos hago testigo
De cómo tomaré de mi persona
Un más que crudelísimo castigo;
Maldad mía será si más aguardo,
Y con razón diréis que ya me tardo. (I, 141).*

Con un poco de agua le volvieron el sentido y no menos enamorado que la india la reprochó en términos encendidos:

*Oh aves que con lenguas esparcidas
Soléis regocijar las alboradas,
En estas selvas frescas y floridas
Por los umbrosos ramos derramadas!*

*Cantad, que mis pasiones recibidas
 Con gran ventaja son recompensadas;
 Pues veis que sobrepujan los favores
 Las más crueles penas y dolores.
 Vencía mi dolor y mi tormento
 Los más bravos excesos de tormentos,
 Y agora sobrepuja mi contento
 Al más suave gusto de contentos,
 Aunque con gran temor de movimiento
 Pues hay en todas cosas movimientos,
 Por ser fortuna tal y tal su rueda
 Que no pudo jamás estarse queda. (I, 143).*

Mientras los enamorados cambiaban frases y requiebros, unos indios acechaban cubiertos por las ramas y en vista de los hechos buscaron la venganza. El mozo se defendió como pudo, de los diez atacantes tenía ya seis por el suelo, los otros huyeron mal heridos, volvió al fuerte donde estaban sus compañeros y allí se atrincheraron; los indios pedían venganza, el rey enfurecido mandó cortar a Diana los cabellos, que en vano trataba de disculpar a los españoles. Se aliaron los indios con sus vecinos, acudieron gentes de todas partes armadas hasta los dientes. Un piache o adivino les dio confianza en la victoria y comenzó el combate. Allí Arana se mostró como valiente, pero ante la acometida de los naturales no resistieron el ataque. Usaron los indios de toda clase de armas:

*Henchimos cantidad de calabazos
 Vuelta ceniza con ají molido,*

al fin de que

*Los polvos que tocasen las narices
 Pudiesen menealles las cervices. (I, 149).
 Tiraron muchas flechas encendidas
 Para quemar la casa que es de paja. (I, 151).*

Con el incendio y la fuerza del ataque perecieron los españoles, a Diana la encontraron ahorcada

*Que viendo de los vuestros la caída
 No quiso sin su vida tener vida. (I, 152).*

Una rústica cruz y un epitafio latino recuerdan que aquí se derramó

*La primera sangre cristiana
 Que al nuevo mundo pasó.

 Pues por la culpa de uno
 Aquí perecieron todos.*

El relato de Castellanos, como en general todos los que narran un combate, tiene una fuerza insuperable.

Hay allí una frase que ha corrido con fortuna en la literatura española:

*Y si, lector, dijeres ser comento
Como me lo contaron os lo cuento. (I, 138).*

En efecto, estos endecasílabos han pasado a ser una frase hecha. Espronceda en *El Diablo Mundo* (IV, oct. 13) lo cita así:

*Y si, lector, dijeres ser comento,
Como me lo contaron te lo cuento.*

Al final de *El Estudiante de Salamanca* repite el pareado completo, pero esta vez en letra cursiva, como para advertir que no es de cosecha. Muchos han creído que la afortunada frase es del dramaturgo español. Reclamamos para Castellanos el acierto y contemos a Espronceda entre los lectores de las *Elegías*.

Una reminiscencia de Ercilla encontramos en aquellos otros,

*Derríbense cabezas y quijadas,
Córtanse piernas, piés, brazos y manos
Cercénanse los huesos de canillas
Los pescuezos, las barbas y mejillas. (I, 149).*

Dice *La Araucana*:

*hieren, dañan, tropellan, dan la muerte;
piernas brazos, cabezas cercenando. (Parte I, Canto III).*

Notemos finalmente que Castellanos en su afán de recurrir a la anti-güedad clásica no teme poner una referencia mitológica en boca de la india cuando llama al español *hijo de Latona*.

DE COMO EL AMOR DE UNA INDIA SALVO A MUCHOS

Entre los hombres de Colón figuraba un mancebo, Miguel Díaz, que hirió a uno de sus compañeros y resolvió huír en vista del castigo que le esperaba. Atravesó el mar y llegó a la isla que después se llamó Santo Domingo. Allí conoció a una cacica *no menos avisada que hermosa*. Si en un principio los indios lo miraron mal, la india *mirábalo con ojos diferentes*. Lo tomó por marido y en el tiempo de la fuga Miguel tuvo el mando de la tierra. En vista de su próspera fortuna quiso llevar allí a su gente, halló buena acogida en la cacica y emprendió el viaje de regreso a donde estaban los suyos. A Bartolomé Colón relató las maravillas de aquella tierra de promisión y de común acuerdo resolvieron ir a gozar de la riqueza y paz que con tanta facilidad se les ofrecía. Llegaron al término del viaje y encontraron a la cacica

*A quien no le faltaba hermosura
 Con un no sé qué don de gracias ciertas:
 Cubierta por de yuso la cintura,
 Las demás proporciones descubiertas,
 Muy llena y adornada su persona
 De lo que por acá llaman cacona.
 Allá por ciertas formas los copetes
 Compuestos por encima de la frente,
 Que parecían crestas en almetes,
 Sembrada mucha perla transparente;
 En los molledos ricos brazaletes,
 Fino collar con águila pendiente,
 Riquísimos pomares de chaquiras
 Con piedras esmeraldas y zafiras. (I, 161 s.).*

Fray Buil la bautizó con el nombre de Catalina, Bartolomé Colón fue padrino y luego el mismo fraile les dió las bendiciones de la Iglesia

*Y fueron los mestizos que este tuvo
 Los primeros que en estas tierras hubo. (I, 163).*

No contenta Catalina con la cordial acogida que dispensó a los compañeros de su marido, cuenta el cronista que envió gente con abundancia de comida a las minas de Cibao, los socorrió con mano generosa. Bartolomé Colón halló bien acomodado el puerto, hizo pacto con la cacica para traer a sus hombres a quienes animó con el nuevo descubrimiento para que desterraran toda tristeza *pues tenéis entre manos gran riqueza.*

Hemos nombrado a Fray Buil o Boil de nombre Bernardo, que fue el primer apóstol del nuevo mundo. Nombrado por el Papa Vicario Pontificio, organizó la primera expedición misionera de América.

* * *

Anacaona es el prototipo de la resistencia. Mujer de Coanabo, hermana del cacique Behechío y respetada en su pueblo, incitó a los suyos a luchar contra los invasores de La Española. No cejó un momento en su intento y terminó ahorcada públicamente *esta mujer lasciva, deshonesto,* al decir de Castellanos. Dejó la india una hija, Aguaymota, *no de condiciones muy remota.* (I, 209)..

En el combate de los hispanos contra Guarionex, *fuieron de ciertas indias informados* que había una inmensa muchedumbre de indios congregados en la boca del río Coayuco dispuestos a atacarlos. (I, 253).

En el relato de la llegada de la armada a la Dominica, la cacica Luisa avisó a Juan Mejía el peligro en que estaban, no quiso oírla y pagó con la muerte su temeridad. (I, 283 s.).

La gente de Ortal llegó al pueblo de la cacica Magdalena *cuya paz y amistad siempre fue buena.* (I, 479).

Ios compañeros de Sedeño llegaron a las tierras que mandaba la reina Anapuya que los esperaba de paz,

*Hermosa, varonil, cabal y cuya
Mano muy liberal se le mostraba,
En todas proporciones elegante,
y para guerra y paz mujer bastante.
Y en general es este mujeriego
De muy compuestos miembros y lozanos,
Ninguna cosa duras al entrego
Que suelen recibir lascivas manos:
Derretidas en amoroso fuego,
Grandes aficionadas a cristianos,
Serenos ojos, blandos movimientos,
Causadores de tiernos sentimientos. (I, 514).*

De la misma condición era Orocomay,

*Señora de grandísimo talento,
Y a cualquier español aficionada. (I, 514).*

Asistieron al matrimonio de una india en el reino de Orocomay. La descripción de la fiesta y el ceremonial es de gran interés. Veamos por un momento a la novia que pertenecía a una de las familias principales:

*Los cabellos cubrían las espaldas,
Tan largos que se vieron pocos tales,
La cabeza con róseas guirnaldas,
Rico collar de piedras principales:
De rubíes, turquesas y esmeraldas,
Una cinta de perlas y corales,
Las muñecas y piernas con chaquiras
Y entre ellas diamantes y zafiras.
Lo demás iba todo descubierto,
Diferente del uso vergonzoso,
Mas tal que quiso natural concierto
Pintar un espectáculo hermoso:
Tan bello que no fuera menos cierto
que Júpiter quisiera ser esposo;
Llevaba como virgen en la mano
Ramillete de flores muy galano.
Llamábase la ninfa Gailacia,
Mas mejor se llamara Galatea,
Por ser retrato vivo do se via
Cuanto de hermosura se desea:
Con tan alto primor que deshacía
A Deyopeya, Dafnis y a Pantea,
Y a aquella que por ser mas que Glicera
Fue puesta por un polo del esfera. (I, 517 s.).*

Un grupo de caciques llevó al novio a un lugar de flores adornado, a la sombra de coposos mameyes donde tenían preparados asientos muchos de ellos guarnecidos de oro. Orocomay sacó a la novia acompañada también de damas de gran merecimiento, la llevó hasta el lugar en que esperaba el mancebo y le entregó el ramo de flores,

*El mozo las tomó con gran contento,
Y después de mostradas por buen trecho
Volvióselas con dulce sentimiento
Juntándolas primero con el pecho,
Do prestaron los dos consentimiento,
Y así su casamiento quedó hecho:
Luego por multitud tan infinita
Hubo de regocijos grande grita. (I, 518).*

Bailes y danzas, abundancia de comida y aún más de bebida,

*Duraron en aquestas obras pías
Por espacio de mas de quince días.*

Sobra decir que Sedeño y sus soldados recobraron las fuerzas perdidas, podían ahora llenos de vigor y optimismo seguir *en demanda de reinos nunca vistos*.